

¡Quedad todos en paz! Marcho á cumplir en el Colegio del Saltillo el mismo grato deber que he desempeñado entre vosotros. ¡Tres ateneos en la diócesi, en lugar del único seminario que existía! Hé aquí la obra gloriosa de mi Predecesor. Rogad á Dios por que yo pueda continuarla, y prestadme vuestra eficaz cooperación.



DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO DE
MONTERREY, LA NOCHE DEL 30 DE OCTUBRE
DE 1881.



SEÑORES:

DE algún tiempo á esta parte, los discursos pronunciados en las distribuciones de premios han adquirido singular importancia. Son una especie de *mensaje* (para servirme de locuciones modernas) á los solemnes comicios en que la juventud estudiosa y los amantes de las letras se encuentran reunidos, bajo la presidencia del que rige sus destinos en las aulas, y quizás también en la sociedad. No es extraño, por tanto, ver en esos discursos expuesto un nuevo plan de estudios, defendido algún sistema de enseñanza, impugnada alguna teoría sobre la educación. No me apartaré esta noche del uso que encuentro ya sancionado, y trataré de asuntos de no leve importancia, que en el púlpito ó en cartas pastorales no tendría suficiente libertad para desenvolver.

Conozco que adivináis los temas de mi breve arenga, y que antes de pedíros la, me habéis concedido ya vues-

tra atención. Paso, pues, á exponeros punto por punto cuanto mi deber me impone deciros, y vosotros esperáis de vuestro Pastor.

Voy á explicaros, ante todo, por qué he aguardado para convidaros á esta dulce reunión, á que las brisas de *Todos Santos* disiparan los calores que hasta hace poco os han abrumado. No os referiré, por cierto, el antiguo y trillado axioma que nos enseña que *un arco no puede siempre estar tendido*. Comprendéis tan bien como yo, la necesidad de que el joven estudiante dé cada año tregua á sus tareas escolásticas, suministrando á su alma reposo, y á su cuerpo, no descanso por cierto, sino actividad y ejercicio que reparen sus fuerzas, debilitadas por la inacción en que lo han tenido las tareas del alma. El *mens sana* de los antiguos se ha conseguido con el estudio de ocho ó diez meses; para nivelar el cuerpo con el alma, de modo que ambos estén igualmente sanos y robustos, *mens sana in corpore sano*, se requieren algunas semanas en que sin descuidar aquella, se dirijan á éste los principales cuidados de quien aspira á servir á Dios con entrambos.

No siendo, pues, el ocio y la inacción el objeto de las *ferias* anuales, claro es que el maestro inteligente deberá establecerlas en la estación más propicia para la salud del cuerpo, para las recreaciones honestas, para los ejercicios que restituyan el perdido vigor. En las heladas regiones del Septentrión, así en Europa como en América, las fiestas de San Juan ó de San Ignacio son el principio de las vacaciones mayores. ¡Hermosa y doblemente bien venida es la estación estival en aquellas comarcas! Con placer vuela aún mi pensamiento á aquellos

ríos en que nadábamos en nuestra adolescencia, á aquellos campos que ayudábamos á cosechar á los segadores, á aquellos lagos que, empuñando el remo, recorríamos en todas direcciones, á aquellos barcos que nos llevaban á visitar extraños países.

Mientras así pasábamos el verano los estudiantes del Norte, los de España ó Italia se derretían bajo los ardores del sol de Junio y de la ingrata temporada canicular. Darles á ellos en esa época su anual descanso habría sido arruinarlos, condenarlos á una perniciosa inacción, destruir por completo su salud. He aquí por qué, en las regiones del Sur de Europa, las fiestas de Santa Rosa de Viterbo ó de San Bartolomé señalan la época de la clausura temporal de los colegios; y así pueden los cansados alumnos gozar de la suavidad de Setiembre y de las delicias de Octubre.

“El mes de Octubre en Italia (dice el Cardenal Wiseman) es por cierto una época magnífica. Ha perdido el sol gran parte de su calor, pero absolutamente nada de su brillo; es menos abrasador, pero tan refulgente como en verano. Al salir arroja chispas de viva lumbre sobre la naturaleza, que despierta de su letargo, del mismo modo que un príncipe de la India, al entrar en su sala de audiencias, esparce por entre la multitud puñados de oro y de piedras preciosas. Las montañas parecen adelantar sus cabezas de granito, y los bosques agitan sus más elevadas ramas como ansiando recoger sus dádivas reales. Después de haber corrido rápidamente por un cielo sin nubes, al llegar á su término y hallar en las olas de Occidente su lecho de oro fundido con pabellones de nubes purpurinas, guarnecidas de franjas bruñi-

das, pero aéreas, más relucientes que el oro de Ofir dado á la cama de Salomón el Sabio, extiéndose en un vasto disco de brillantes algo menos ofensivo, como para despedirse del espacio recorrido; y no ha desaparecido aún cuando ya nos envía radiantes mensajeros del mundo que visita y alegra, para recordarnos que volverá pronto á llenarnos de contento. Si menos poderosos, son á buen seguro sus rayos más activos y fecundos. Han invertido meses para hacer brotar de la seca y arrugada cepa, primero verdes hojas, luego rizados y tiernos pámpanos, al fin pequeños racimos de duros y agrios granos: el crecimiento ha sido extraordinariamente lento. Mas ahora, ya son las hojas anchas y extendidas, llegando á hacerse dignas en las comarcas viníferas, de tener un nombre propio; los antes separados y pequeños granos se han entumecido y forman magníficos racimos de uvas: de éstos, unos están ya tomando su claro tinte de ámbar, otros que han de ser más tarde de un vivo color de púrpura, están pasando á él por el tornadizo color de ópalo no menos hermoso.

“Es entonces un placer estar sentado en un lugar sombrío, allá en una ladera, y llevar de cuando en cuando los ojos del libro al paisaje, que sin cesar varía. Al pasar la brisa sobre los olivos de la colina, vuelve sus hojas y saca de ellas claros y oscuros, por ser sobriamente varia la tinta de sus dos lados: al brillar el sol sobre el viñedo, ó al oscurecerlo alguna nube, el brillante tejido de los inmóviles pámpanos extiende sobre los redondos surcos intermedios, ya una más amarilla, ya una más baja sombra de su deliciosa verdura. Mezclad ahora con éstos los otros colores sin número que animan el paisa-

je, el del oscuro ciprés y la más oscura coscoja, el del rico castaño, el del rojizo huerto, el del adusto rastrojo, el del melancólico pino, para Italia lo que la palmera en Oriente, que alza su elevada copa sobre el boj y el madroño, y los laureles de las quintas: figuráoslo esparcido todo por montes, collados y llanos con fuentes ascendentes y cascadas, pórticos de bruñido mármol, estatuas de bronce y piedra, fachadas de casas rústicas bonitamente pintadas, flores infinitas, cuadros de césped, y tendréis una idea, aunque débil, de los atractivos que durante este mes, entonces, como en nuestros días, acostumbraba sacar á los patricios y á los caballeros romanos, de lo que llama Horacio el humo y estruendo de Roma, para ir á recrear los ojos en las más tranquilas bellezas del campo.”

Comparad ahora esta soberbia descripción del Octubre italiano con los cuadros tristísimos que, lo mismo que el año pasado, nos ha ofrecido este mes que debiéramos apellidar *pluvioso*. ¡Bellas vacaciones os aguardaban, ¡oh jóvenes! si os hubiéramos enviado á pasarlo á vuestras casas, teniendo que atravesar á la vuelta torrentes crecidos y recorrer caminos intransitables, después de haber permanecido encerrados las semanas que hubierais debido consagrar al ejercicio, y aspirando muchos de vosotros miasmas deletéreos, que os habrían devuelto al colegio debilitados por las calenturas, ó en todo caso raquíticos y enfermizos, en vez de robustos y sanos, como espero tornaréis en Enero! La experiencia ha enseñado que, en México en general, la estación más á propósito para las vacaciones es el Invierno; los dos años que he vivido entre vosotros, me han enseñado que el

Otoño es la peor época en estas comarcas. He aquí por qué, siguiendo las huellas de otros muchos anteriores á mí, he resuelto que el año escolar empiece y termine en el Seminario de Monterrey en la misma época acostumbrada en casi todos los colegios del país. Creo que no os pesará ¡oh jóvenes! pasar algunos días en el campo, á tiempo que las cañas de azúcar empiezan á destilar su dulce jugo, y cuando las brisas del Norte, algunas veces frías, siempre frescas, convidan á la actividad y al ejercicio.

Paso ahora á otro punto, por desgracia enojoso, pero que es indispensable tocar; y antes de entrar de lleno en la materia, permitidme que os refiera una anécdota acaecida hace veintidos años poco más ó menos. El largo ejercicio de la autoridad episcopal me ha hecho adquirir hábitos de viejo, antes de serlo; y uno de ellos es el de contar á cada paso cuentos, en que el *ego* representa un papel más ó menos principal.

En aquel tiempo aún no se habían arrebatado por completo á los seminarios sus cuantiosos bienes, y reinaba en la Capital de México un Gobierno favorable á la Iglesia. En el colegio Tridentino de la misma vivía un estudiantillo, de poca edad y ninguna importancia, pero que ya había recorrido un poco el mundo y sido alumno de lejanos y distinguidos colegios. Esto, y ciertas conexiones sociales hacían que una persona, entonces de altísima influencia, escuchase con gusto al adolescente, y prestara atención á las teorías que, sobre la educación de la juventud eclesiástica, exponía varias veces en sus coloquios familiares.

Una vez, entre otras, decía el estudiante:

“Esta multitud de jóvenes sin vocación ni espíritu eclesiástico congregada en muchos seminarios, que de *clericales* solo tienen el nombre, es en extremo perniciosa á los destinados á la eclesiástica milicia. Consume sin fruto gran parte de las rentas de la Iglesia, introduce el desorden, impide que se ponga en vigor la disciplina, es un obstáculo á las prácticas de piedad, hace penetrar aspiraciones mundanas al sagrado recinto, y arrebatada la vocación, y aun las buenas costumbres, á muchos que, segregados de tal gente, llegarían á ser dignísimos sacerdotes. La Iglesia, benigna hasta el extremo y generosa en demasía, jamás se resolverá á cerrarles las puertas de sus establecimientos. Toca al Gobierno que representáis tutelar los intereses del clero; y pues lo podéis, promulgad una ley que declare nulos y de ningún valor para las carreras civiles los estudios hechos en los seminarios. Así se purificarán estos planteles de educación en que se cifran las esperanzas del santuario, y sin que nadie los expulse, se separarán todos aquellos que no quieran consagrarse al Señor.”

El joven que, á principios de 1859, hablaba de esta suerte al Ministro de Instrucción Pública del Presidente Miramón, es el mismo, Señores, que el año próximo pasado, en este mismo colegio, os dirigía las siguientes frases, que me veo obligado á repetir íntegras, á riesgo de cansar vuestra atención.

“Los enemigos del clero han seguido dos tácticas diversas en su guerra á la educación eclesiástica. La primera es la que vemos en nuestro país: después de haber quitado los bienes que la sostenían, se declaran inválidos oficialmente los estudios hechos en el Seminario.....